

El Nacionalismo y su relación con valores y prácticas emancipatorias¹

Pedro Ibarra

I Introducción

Lo que sigue es un discurso sobre el nacionalismo sustentado en un conjunto de argumentaciones de carácter no convencionalmente nacionalistas.

La opción nacionalista en su núcleo más profundo no se sostiene tanto en conjuntos argumentales, sino en una afirmación emotiva, la de *constatar* que uno se siente miembro, ligado y reconocido en una nación y no en otra; y la de *proponer* hacia los demás la defensa y plenitud de esa nación y no de otra. Esa afirmación propositiva es difícilmente mensurable, por lo que tampoco resulta de fácil transmisión. Es una afirmación que sin duda se contextualiza y alimenta con datos objetivos, historias, creencias comunitarias, experiencias solidarias y valores morales compartidos, pero que también sin duda va más allá de esos contextos, implica un salto (nunca inevitable) que los desborda y, en cierto modo, culmina. Por ello las posibilidades de persuadir *solo* con este acto de afirmación subjetiva son decididamente escasas.

Por ello sostendremos que el nacionalismo también es argumentable (y eventualmente defendible) desde un contexto, un conjunto de valores *generales* (libertad, solidaridad, democracia, cohesión, universalismo operativo) que en principio pueden ser asumidos por gentes, sin más, razonables

II Una cuestión previa. La voluntad nacional

La argumentación "a favor" del nacionalismo exige el despliegue de argumentos. Pero con carácter previo hay que justificar la existencia de una voluntad colectiva, de un sujeto colectivo que se afirma como comunidad diferenciada, como "pueblo", y que al margen de cuál sea su horizonte de autogobierno, entiende que tiene derecho a decidir sobre su futuro político. Afirmación de optar –y conservar– la diferencialidad que, en una determinada coyuntura histórica adopta la forma de voluntad nacional; de constituirse en sujeto con capacidad de autogobierno político, en principio, ilimitado. El discurso nacionalista se supone que deberá

¹ Este texto se corresponde básicamente con el capítulo 2 de libro del mismo autor "Nacionalismo; razón y pasión", publicado en 2005 por Ariel, Barcelona

reforzar las bondades, las razones argumentativas a favor de la **persistencia** de esa voluntad nacional, pero previamente deberá convencernos de la **existencia** de la misma.

Esta variedad de acepciones (comunidades que se afirman como diferenciadas, voluntades nacionales, voluntades de autogobierno,) en el fondo expresan *dos* tipos de conciencia, de creencias colectivas que pueden diferenciarse analíticamente y, también, en la realidad histórica. Por un lado, una comunidad que se percibe como diferente sin más y que entiende que tal diferencia tiene que ser preservada. Y por otro, una comunidad que entiende que la defensa de tal diferencia, exige una capacidad decisoria política plena en y para esa comunidad. Exige soberanía; tal entendimiento supone la voluntad de ser una nación y de lograr los órganos de autogobierno necesario para preservar esa voluntad de ser nación; de ser nación sin más.

Así en este punto, en esta fase, lo relevante es demostrar que los signos de diferencialidad no son solo neutras y planas manifestaciones de cosas objetivamente diferentes, sino que los mismos expresan y transmiten una voluntad nacional, una demanda de decisión política colectiva

Conviene volver a recordar la arbitrariedad en el origen de cualquier opción nacional. Decidir por ejemplo que uno es vasco con todas las consecuencias (y entre ellas las políticas) es, como acabamos de ver, un estricto acto subjetivo. Es, sin duda, un acto de voluntad que se sustenta (que mas bien podríamos decir se nutre de) en elementos y contextos objetivos. Es, también, un acto que se percibe como no arbitrario en la medida que se percibe (o imagina) asumido por otros, en la medida que el individuo, en tal afirmación, se siente, se vive como una parte "naturalmente" ligada a un todo, a un conjunto. En la medida en que **precisamente** no se vive como un acto gratuito, aislado, de radical ejercicio de la subjetividad. También es cierto que en determinados momento históricos, como en el caso vasco, tal confluencia de voluntades adquiere un estatus de objetividad. Es decir aparecen signos, manifestaciones colectivas, relatos asumidos colectivamente y aun expresiones jurídicas que expresan suficientemente la existencia de una voluntad nacional.

Persiste sin embargo esa arbitrariedad originaria, que obliga a no dar por supuesto nada, que exige al nacionalismo probar y recordar permanentemente que existen pruebas de que en una determinada etapa histórica tal subjetividad ha cristalizado colectivamente en una voluntad nacional.

. La afirmación como pueblo diferenciado, base para justificar la afirmación de soberanía, o el espacio propio de decisión o la autodeterminación incondicional, no es eterna. Por eso se supone que el nacionalismo debe de facilitar la expresión de signos de tal voluntad autoafirmativa. Y además -y es la parte principal de nuestra reflexión- **debe de argumentar a favor de las ventajas de mantenerse tal voluntad nacional, tal afirmación de pueblo diferenciado.**

III El valor "libertad"

El enfoque liberal riguroso sobre el nacionalismo reconoce que solo es posible construir la autonomía, solo se ejerce la libertad (objetivo principal del liberalismo) si esta se lleva a cabo dentro de una cultura nacional que establece un conjunto de valores y de creencias que otorgan *sentido* a las opciones individuales. Uno no puede ejercer una razonable libertad, si no tiene criterios que orientan, que dan sentido a una u otra opción. Y ese criterio solo puede provenir de un sistema de creencias colectivo, de una cultura sedimentada y compartida. Solo puede fundamentarse en la cultura de la comunidad. En nuestro supuesto, de la comunidad nacional.

No son sostenibles ciertos argumentos (que se autoproclaman como liberales) por los que se rechaza la supuesta "coraza" de la cultura nacional, y se exige un marco en el que el individuo elige libre de toda vinculación. Esa situación impide de hecho la elección, en cuanto que la convierte una desordenada superposición de actos desprovistos de sentido.

Ello implica que el Estado debe defender esa cultura nacional, esa "cultura publica común", estimular ciertas creencias y valores colectivos asentados en el conjunto de la sociedad nacional y que posibilitan el ejercicio, dentro de su marco, de las libertades individuales.

Se pueden, pues, utilizar argumentaciones liberales para defender el nacionalismo. Pero también debemos ser conscientes que las mismas son insuficientes, o, al menos, plantean algunas contradicciones.

La argumentación liberal sirve para defender la necesidad de que exista una cultura nacional. No sirve, sin embargo, para impulsar la defensa de la diferencialidad de esa cultura nacional. Diferencialidad por otro lado necesaria para que exista y persista una nación. Pero por otro lado la nación es la que posibilita la cultura nacional. Y solo, como acabamos de ver, la existencia de una cultura nacional permite el ejercicio de la libertad. Veamos con más detalle esta cuestión aparentemente paradójica.

Un liberalismo serio, que defienda la posibilidad de la libertad, de *poder* ser realmente libre, reclama una sociedad en la que existan valores compartidos, en la que existan criterios por donde orientar, por donde dar sentido a una elección. Si yo elijo una determinada forma de vida, o un respeto a determinadas costumbres, o una concreta forma de orientar mi trabajo, o cómo debo relacionarme y comunicarme con los demás, o decido participar en un acto folclórico popular, esas elecciones pueden ser comparadas, valoradas, asumidas, rechazadas, disfrutadas, generar satisfacción o desasosiego, en la medida que están conectadas a un sistema de referencias colectivas que permite todas esas operaciones de otorgamiento de sentido. Sin esas referencias colectivas, ninguna elección tiene sentido, son actos que solo expresan una radical confusión e incertidumbre y, por tanto, son actos ejercidos sin libertad.

Ese marco general de referencias, esa cultura compartida, que, por supuesto, luego es leída de forma individual, se compone de varias partes:

1 Creencias de orden general, no específicamente ligadas a una cultura nacional. Valores como la consideración social de los méritos obtenidos con el esfuerzo personal, o como las normas de respeto intergeneracional o de moral pública, con las que guiar las elecciones individuales. Antes de continuar parece necesaria un aclaración. No quiero decir que solo tiene sentido tomar elecciones dentro de estas creencias/valores/guías. Es evidente que también tiene sentido tomar decisiones fuera o en contra de esos valores colectivos preestablecidos. Pero también es evidente que tal otro sentido (tal *contrasentido*) existe en cuanto que toma como referente, para inhibirse o oponerse, al dominante, al sentido socialmente establecido. Por tanto no hay libertad sin *ningún referente cultural previo* al que deducir, adherir, rechazar o matizar (*sobre el que se construye y en el que se inserta*) un concreto acto de elección.

2 Se compone de lo que podríamos denominar marcos culturales nacionales flexibles. Valores de una determinada cultura nacional. Valores del tipo de un carácter nacional laborioso, o pacífico o religioso o hospitalario o tolerante o democrático, que también orientan, dan -en positivo o negativo- sentido a la acción, a la elección individual. Pero marcos que como en los casos anteriores no se presentan como límites objetivos e insalvables a la elección.

3 Finalmente existen además unos bienes colectivos nacionales. A diferencia de los casos anteriores no hablamos de marcos o culturas otorgadoras de sentido. Hablamos de algo "mas" objetivo, hablamos de bienes no siempre en el sentido estrictamente material del término. De una lengua, de unos símbolos, de unos relatos históricos; y también de la voluntad colectiva de afirmarse y sentirse un pueblo diferente (al margen de los rasgos generadores de ese sentimiento compartido) y soberano. Estos bienes contradicen en algún modo las exigencias de libertad, en la medida que operan como límites estables. El individuo que vive en una determinada comunidad nacional, no puede optar por rechazar esos bienes colectivos, por lo que su libertad se ve limitada.

Para defender -para valorar positivamente- esos bienes hay que asumir otra perspectiva además de la derivada del enfoque liberal. Aquella que nos reenvía al principio, a la afirmación de que sin esos bienes no puede existir ni persistir ninguna comunidad nacional. Y que, por otro lado, puede resultar positivo que existan comunidades nacionales por que las mismas refuerzan, potencian el desarrollo de ciertos valores como solidaridad, democracia, cohesión social. Pero **también** para posibilitar, a pesar de lo acabamos de indicar, el mismo ejercicio de la libertad: veámoslo.

La nación es en última instancia la cristalización colectiva de un conjunto de decisiones subjetivas. Pero tal subjetividad se sostiene en la afirmación de la diferencialidad. **No** hay nación sin diferencia. No puede existir una nación en la que todo sea idéntico (percibido como idéntico) a las otras naciones. Uno se puede sentir miembro de una determinada nación a

partir de que o bien habla una específica y diferente lengua, o bien comparte unos específicas y diferentes símbolos y relatos históricos, o bien se siente ligado a una particular cultura o religión o bien simplemente porque sin más comparte el reconocerse en una comunidad diferenciada y con capacidad decisoria. O bien por supuesto por las cuatro cosas.

Las exigencias de la libertad necesitan de una cultura nacional, pero *no incluyen como expresa estrategia* la demanda de esa cultura nacional. Para que exista cultura nacional es – obviamente- necesario que exista una nación configurada por esa cultura y, al tiempo, *configuradora* de la misma. Y para que exista una nación es necesario que se defiendan como referentes estables; una serie de bienes colectivos que permiten construir la diferencialidad necesaria por la constitución y pervivencia de esa nación. En consecuencia y en última instancia, esos referentes son, como hemos visto, límites a la libertad, pero también, a **través de la secuencia hechos diferenciales/nación/cultura nacional**, condición de posibilidad, de ejercicio razonable, con sentido, de esa misma libertad.

Efectivamente esos mismos referentes, adquieren consistencia en la medida que han cristalizado, se han asentado en un clima, en unas prácticas de libertad. La nación necesita definirse y define *parte* de sus señas de identidad a través de unos bienes colectivos estables, pero esa definición es otra expresión de la libre voluntad de los individuos, de la comunidad, de definir en un momento determinado esos bienes como bienes objetivos y estables.

Aún a riesgo de simplificar, podríamos sintetizar este proceso a través de una especie de silogismo:

Si somos diferentes, somos (podemos ser) nación
Si somos nación, tendremos (podemos tener) cultura nacional
Solo teniendo cultura nacional, somos (podemos ser) libres
Es desde la libertad, como se construye la diferencia.

La relación es por tanto solo aparentemente contradictoria y en el fondo nos permite reivindicar simultáneamente los dos valores -libertad y bienes nacionales- como dos valores que se complementan, que se fortalecen en su encuentro.

IV EL VALOR “DEMOCRÁTICO”

1 Desde una perspectiva histórico institucional, **fuera del Estado Nación no existe, ni ha existido la democracia.** La democracia necesita de un *demos*, de un pueblo, de una nación para que exista el Estado Para que exista el Estado democrático. Hablamos por supuesto de la democracia en su sentido participativo (no de la democracia como protección como defensa de los derechos individuales) Nos referimos a un sujeto colectivo que se autogobierna y cuyos representantes toman decisiones a favor de sus intereses colectivos. ¿Puede existir un Estado democrático un Estado que represente y defienda los intereses de

su nación, de su pueblo, sino existe ese pueblo?.¿Dónde existe un poder democrático que ejerce su poder fuera de un territorio de nacional?

El autogobierno político, el que los individuos decidan por ellos mismos o a través de sus electos, exige un conjunto delimitado de personas que sean sujeto y objeto de ese autogobierno. No resulta posible el autogobierno político de individuos aislados no adscrito a ningún conjunto, espacio, delimitado. La democracia, en su sentido mas profundo, son los ciudadanos lo que deciden. Y hoy por hoy resulta inimaginable que tal decisión se lleva acabo fuera de un espacio nacional. Sin nación no hay autogobierno democrático

Quizás no es deseable que fuese así. Lo mejor sería que la democracia se ejerciese por ciudadanos del mundo por medio de un democrático gobierno mundial. Es seguro que este es el reto .Pero también es seguro que en la practica hoy las "salidas" **reales** del espacio del Estado nación no producen democracia. Así poderes transnacionales a los que nadie ha elegido, imponen sus decisiones. E individuos que, con el discurso de que ellos están mas allá de las democracia nacionales, desertan de las normas democráticamente establecidas por sus Estados Nación, para luego en practica adquirir la residencia en paraísos fiscales y abandonar (¿ alguna vez los tuvieron?) sus sueños de construir verdaderas democracias supranacionales .

2 Desde una primera mirada democrática, situada **al flanco** de la reivindicación nacional, resulta mucho mas democrático defender el derecho de una comunidad, que se autopercebe como comunidad diferenciada (por que se han producido suficientes signos de diferenciación en una coyuntura histórica determinada), a que decida su futuro político, que negar ese derecho.

El argumento parece bastante obvio. Frente a quienes ante determinados conflictos nacionales afirman que en realidad no se niega ese derecho, sino el que exista una comunidad, un sujeto colectivo titular de ese derecho. Tales dudas sobre la existencia del sujeto también se pueden solventar democráticamente. Así parece razonable, reivindicar el democrático derecho que tiene un determinado conjunto de personas para decidir tanto si se sienten o no miembros de una comunidad diferenciada (decisión sobre la existencia de un sujeto colectivo) como para simultáneamente, definir hasta donde desean preservar esa identidad comunitaria hasta donde desean autogobernarse (decisión sobre la mayor o menor soberanía política que se desea en el futuro para ese sujeto)

3 En segundo término, con la mirada situada **dentro** de la reivindicación nacional, una mayor intensidad del sentido de pertenencia nacional puede generar una mayor preocupación por los demás nacionales. Una mayor sensibilidad hacia lo común lleva, a su vez, a sentirse más involucrado en un proyecto común colectivo, y en consecuencia a participar más en lo político y a controlar más lo político; y ello en la medida que la dimensión política puede representar y dirigir a esa comunidad nacional. La identificación nacional define como propios un territorio y unas gentes y conduce al que así lo vive, a sentirse más concernido por lo que pasa en ese territorio y a aquellas gentes. La pasividad nacional provoca por el contrario una mayor indiferencia frente al hecho político. Es difícil mantener una relación de actividad política

(intensidad que implica participación y control) entre un individuo aislado y las élites políticas alejadas. Sin embargo, tal activismo crece cuando el individuo se siente miembro de un grupo que mantiene una relación viva (de representación, o simbólica, o las dos cosas) con ese poder político. Ese individuo puede así incrementar su actividad como ciudadano políticamente activo. Puede ser - suele ser- más demócrata.

4 El nacionalismo entendido ahora como la priorización de unos determinadas bienes nacionales, de unas determinadas señas de identidad nacional, en modo alguno tiene por qué impedir, como veremos con detalle en el próximo capítulo, el pluralismo, una de las "virtudes" democráticas mas ortodoxas .A no ser que defendamos la peregrina teoría de que el pluralismo consiste tanto en que cada uno se relacione con los demás como le dé la gana (que, por ejemplo, decida que el y sus amigos se van a relacionar hablando exclusivamente en noruego viviendo en una comunidad nacional monolingue japonesa) **como sobre todo** que exija que el Estado proteja con todas las consecuencias (incluidas universidades en noruego) ese su particular bien colectivo lingüístico Tal defensa del pluralismo enrojecería de vergüenza hasta a un liberal radical. El pluralismo no elimina la existencia de bienes colectivos nacionales, de bienes que democráticamente (implícita o tácitamente) se ha decidido que formen parte de las señas de identificación y diferenciación nacional. El pluralismo lo que exige es que se respeten otros bienes colectivos e individuales defendidos por otros grupos, dentro de la comunidad nacional, sin que tal defensa implique destrucción de los bienes comunes nacionales. Y el nacionalismo, como veremos es doctrina y práctica capaz de respetar tales bienes particulares.

V El valor del universalismo

Uno de los argumento típicos del antinacionalismo consiste en afirmar que el nacionalismo es equivalente a localismo, a la estrechez de miras, a no mirar más que para uno mismo y perder de vista que los hombres pertenecen al género humano; que hay que elevarse -nos dicen- por encima de estas conductas egoístas, "ombliquistas" y abrazar la causa universal de la humanidad doliente. Hasta aquí el discurso.

Sin embargo a veces la práctica plantea a algunos de estos cosmopolitas ciertas insolubles paradojas. Así resulta que comunidades autónomas nacionalistas, donde prevalece la cultura nacionalista, tales como Euskadi y Catalunya, son más solidarias -tanto en sus instituciones políticas como en la sociedad civil y tanto en dinero como en voluntarios - con los países del tercer mundo, que comunidades autónomas " de escasa intensidad " nacionalista .La explicación a tal paradoja es triple

1 No todos los que se afirman cosmopolitas son realmente universalistas; se sienten concernidos (y actúan en consecuencia) por los problemas de la humanidad. Muchos de los que proclaman su cosmopolitismo pertenecen a la categoría de cosmopolitas retóricos, de individuos que tras despoticar sobre todos los nacionalismos, no practican la solidaridad ni siquiera con sus vecinos y mucho menos evidentemente con los hotentotes (pueblo al que

dicen sentirse especialmente ligados en su universalismo transfronterizo). Donde ejercen **realmente** su cosmopolitismo es viendo muchos canales de televisión de muchos países.

2 Desde el nacionalismo puede surgir más solidaridad con otros pueblos, porque el nacionalismo puede ser –en la medida que luego veremos– una experiencia de solidaridad. Los pueblos que en ellos practican la solidaridad son más proclives a ejercer la solidaridad con otros pueblos. Parece de sentido común. Entre otras razones por que lo contrario es también de una obviedad cegadora. El individuo que, al margen de su discurso, vive el aislamiento la soledad, la indiferencia en y frente a los Otros cercanos, parece difícil que demuestre una pasión operativa, eficaz, frente los Otros lejanos.

Sin duda el nacionalismo no es la única experiencia de solidaridad generadora de solidaridad internacional; pero si es una concreta experiencia y siempre se puede ser más universalista (en el sentido liberador de la palabra, en el sentido que se genera más justicia y más igualdad y más libertad en el universo) con esa experiencia que cuando no existe ninguna práctica de solidaridad “interior”.

3 Es perfectamente posible reivindicar el cosmopolitismo desde el patriotismo. El cosmopolitismo entendido como la acción dirigida en otros territorios en favor de la justicia y la creación de lazos solidarios entre los pueblos; a favor de promover, *desde la libertad de cada pueblo*, procesos de convergencia política, de establecer instancias políticas superiores que extiendan la democracia. ¿Por qué uno no puede sentirse orgulloso de pertenecer a una nación que impulsa la práctica de la paz, la igualdad y cooperación a lo largo y ancho del mundo? Patriotismo es, en este caso, sentir orgullo de la patria, porque la patria contribuye a la solidaridad internacional. No existe ni un solo argumento, ni un solo conjunto de hechos suficientemente significativos, que prueben que los individuos desvinculados de sus comunidades nacionales son más cosmopolitas reales que aquellos que se sienten especialmente ligados a los suyos, a sus compatriotas.

VI La cohesión social

La difuminación de las identidades de clase como productoras de cohesión social, de ese “cemento social” necesario para que la sociedad no este regida por la fragmentación y la lucha de todos contra todos, revalúa otros ingredientes de compactación social.

La crisis de estado del bienestar y de su sujeto impulsor y beneficiario, revaloriza el papel cohesionador del nacionalismo. Este aparece como otra fuente de aceptación, de legitimación de políticas fiscales redistributivas; o de interiorización de procesos de cooperación. Por medio de la identidad nacionalista el individuo percibe al otro como alguien con quien comparte algo (lengua, cultura, experiencias, narraciones, proyectos colectivos nacionales). Ese individuo es capaz de asumir como “natural” tanto que aquel otro, aquel que uno de los suyos, se beneficie

de algún modo gracias a su sacrificio como que no sea necesario recurrir a la fuerza a la imposición para que cumpla sus compromisos

Esta función cohesionadora del nacionalismo, no debe interpretarse como enfrentada o sustitutiva de otros referentes de identificación identitaria y especialmente aquel que, como se indico en su momento, se construye en el compartir de la clase social y de un proyecto emancipatorio igualitario y progresista. Lo único que afirmamos es que un proyecto de este tipo necesita hoy para desarrollarse, de este otro cemento cohesionador -generador de una condición necesaria pero no suficiente para el ejercicio de la solidaridad-, que puede suministrar el nacionalismo. El nacionalismo no debe servir (y no tiene por que hacerlo) para ocultar y mixtificar alternativas de izquierda. El nacionalismo puede servir perfectamente para lo contrario. Para impulsar tales alternativas.

VII EL VALOR "SOLIDARIDAD".

La cuestión de la cohesión enlaza directamente con la practica de la solidaridad. De acuerdo con lo dicho sobre la cohesión, parecería que la solidaridad, puede desarrollarse más (y mejor) en una comunidad con un elevado sentido de pertenencia nacional. Pero tal afirmación debe ser matizada

En este asunto existe una opción previa, no una inevitable necesidad. Una elección que considera la solidaridad como un valor en si mismo y como una práctica de convivencia positiva **mejor** que otros sistemas de vida. Dicho enfoque implica una libre elección desde un concreto y preciso sistema de valores (en el que la solidaridad tiene una posición protagonista) **y no desde cualquier otro.**

Volviendo al caso vasco, asumamos como cierto que esta comunidad nacional es mas solidaria porque en ella se tiene esa tradición o porque existe una cultura que estima esas practicas o porque la dimensión de la comunidad lo alienta o porque la existencia de una demanda no resuelta de afirmación y autogobierno nacional, incrementa / tensiona el sentido de pertenecer a esa comunidad en "lucha ". O por todas estas causas

Ello **no** autoriza a decir que una determinada opción nacional es **desde cualquier perspectiva** mejor que otra. Lo único que se puede afirmar es que **comparativamente** los lazos de pertenencia en otra posible y elegible comunidad nacional se hallan mas debilitados que en la que se propone, por lo que, en consecuencia, el ejercicio de solidaridad quizás se puede llevar a cabo mejor en nuestra comunidad vasca que en otra donde el sentido de formar parte y de compartir lazos con otros es tenue, casi inexistente. En consecuencia se puede convencer a un eventual candidato a abrazar esa intensa comunidad nacionalista solidaria, solo si previamente esta convencido de que tiene sentido ser solidario. Lo cual (conviene recordarlo) no parece ser un convencimiento acorde con los signos de los tiempos. En este sentido y respecto a muchos candidatos a lo mejor es más fácil convencerles acerca de la bondad de los otros valores -la

libertad, la democracia- y sobre la conveniencia de un mínimo de cohesión social, que sobre la benéficas consecuencias de la solidaridad.